

**Luis Francisco Pérez**  
**Artículo publicado en la Revista Lápiz**  
**(Nº 148, Madrid, diciembre 1998)**  
**con motivo de la exposición en la Galería Alejandro Sales**  
**de Barcelona**

La obra de Jesús Palomino (Sevilla, 1969) se ha visto en Barcelona, ciudad donde reside, en diversas colectivas de diferente calado y ambición, y si bien en *sensu strictu* tampoco es la primera individual, bien podemos decir que sí lo es en la medida en que esta ocasión su obra puede ser vista y analizada con mayor generosidad y profundidad que en anteriores momentos.

El trabajo de Jesús Palomino no es ajeno a una corriente de vocación quizá más ontológica que física, de determinada escultura e instalación contemporánea marcada por una obvia preocupación en lo que se refiere a la creación de un espacio – entendido más como *locus* o *habitat*- susceptible de rediseñar qué lugar posible ha de ocupar la conciencia individual y psicológica, en un momento donde la tiranía del tecnocientifismo no parece preocupada por la creación- más bien lo contrario – de un espacio propio donde tenga cabida la libertad y el autoconocimiento. Se podrían citar muchos nombres interesados en la elevación de una improbable maqueta de la supervivencia, y en todos ellos, al igual que Jesús Palomino, se diría que su mayor preocupación artística consiste en traducir a un lenguaje concreto, y aceptando la pluralidad salvaje de dicho lenguaje, la famosa declaración de Heidegger: “El hombre ocupa el sitio de la Nada”, y en qué casa – en qué mente, en qué pensamiento, en qué *corpus* conceptual - resguardar a esa Nada de las inclemencias y agresiones de un sistema de vida cada vez más alejados de las estructuras generadoras de humanismo y civilización.

Sería una verdad a medias (y sobre todo empequeñecida, raquítica) reducir el trabajo de Jesús Palomino a la condición de frágil (cuando no directamente efímera) que posee una obra que en su mayor deseo se diría destinada a la pobreza de los materiales empleados, el autor se sirve de ella para instaurar una especie de embarcadero desde el cual se nos invita a un naufragio: poner en oposición y en crisis diversos tipos de binomios enfrentados. Fragilidad matérica/violencia de pensamiento, delicadeza física/fuerza creativa, debilidad ocular/solidez perceptiva, resistencia conceptual/laxitud formal, postración narrativa/intensidad abstracta, astenia figurativa/fortaleza en el color empleado... Sí es cierto es una obra frágil y que nos dice de la fragilidad de nuestros sistemas de apreciación y juicio, pero esa fragilidad, a su vez no existe como elemento retórico autónomo, ello sería pobreza de acción y pensamiento, sino como espoleta que acciona el dispositivo crítico de las ya citadas valencias enfrentadas.

Para esta ocasión Jesús Palomino ha construido – idealizado, soñado – la que es su tercera casa, presentando además una serie de collages sobre papel, así como diversas obras que no poseen la envergadura de física (que no conceptual) de la casa y que se encuentran en un estadio intermedio entre ésta y los collages si bien más dependientes de la primera. Las casas de Jesús Palomino poseen los sólidos cimientos que ya hemos ido desgranando, y la miserable fragilidad de su estructura física se nos antoja una especie de inteligente lectura romántica de la tardomodernidad en su vertiente más

desplazada que exiliada, más esquinada que desterrada, más estigmatizada que deportada. La desesperada mezcla, no exenta de una extraña y sorda violencia, de madera, pintura, cartones, lanas, telas, maquetas y humildísimos objetos varios, levantan tanto una imposible casa como una real y certera estructura de pensamiento, casi un sistema de vida. Cabe la posibilidad igualmente de contemplar en estas casas una declarada crítica, o al menos una activación de los recursos inductores de duda y escepticismo, tanto una forma de vida basada en el feroz pragmatismo de la consecución inmediata de objetivos (económicos), pero también una cierta respuesta, por oposición a la práctica artística que con extrema facilidad (no exenta de oportunismo) se alía con el último descubrimiento técnico científico.

Los collages sobre papel merecen especial comentario. Son obras de una extrema delicadez, vanguardistas por factura y vocación, productos anoréxicos de una Bauhaus que intenta rehacerse después de los bombardeos, y donde los magisterios en los que se inspira (Klee, por citar una fuente que no es decisiva, pero valga como lejano y fructífero perfume) poseen la misma cadencia de frágil organicismo constructivo. El color utilizado en estos extraordinarios y muy bellos collages posee la misma cualidad que la pintura utilizada en las casas: no es tanto el color lo que nos entusiasma como la intensificación –retorización dialéctica- de la interpretación psicológica del color.

Las casas, la obra de Jesús Palomino, ocupan el espacio de la nada, pero también de acuerdo con la frase de Mies van de Rohe: “La casa de este tiempo aún no existe”.

Luis Francisco Pérez  
Revista Lápiz, diciembre de 1998